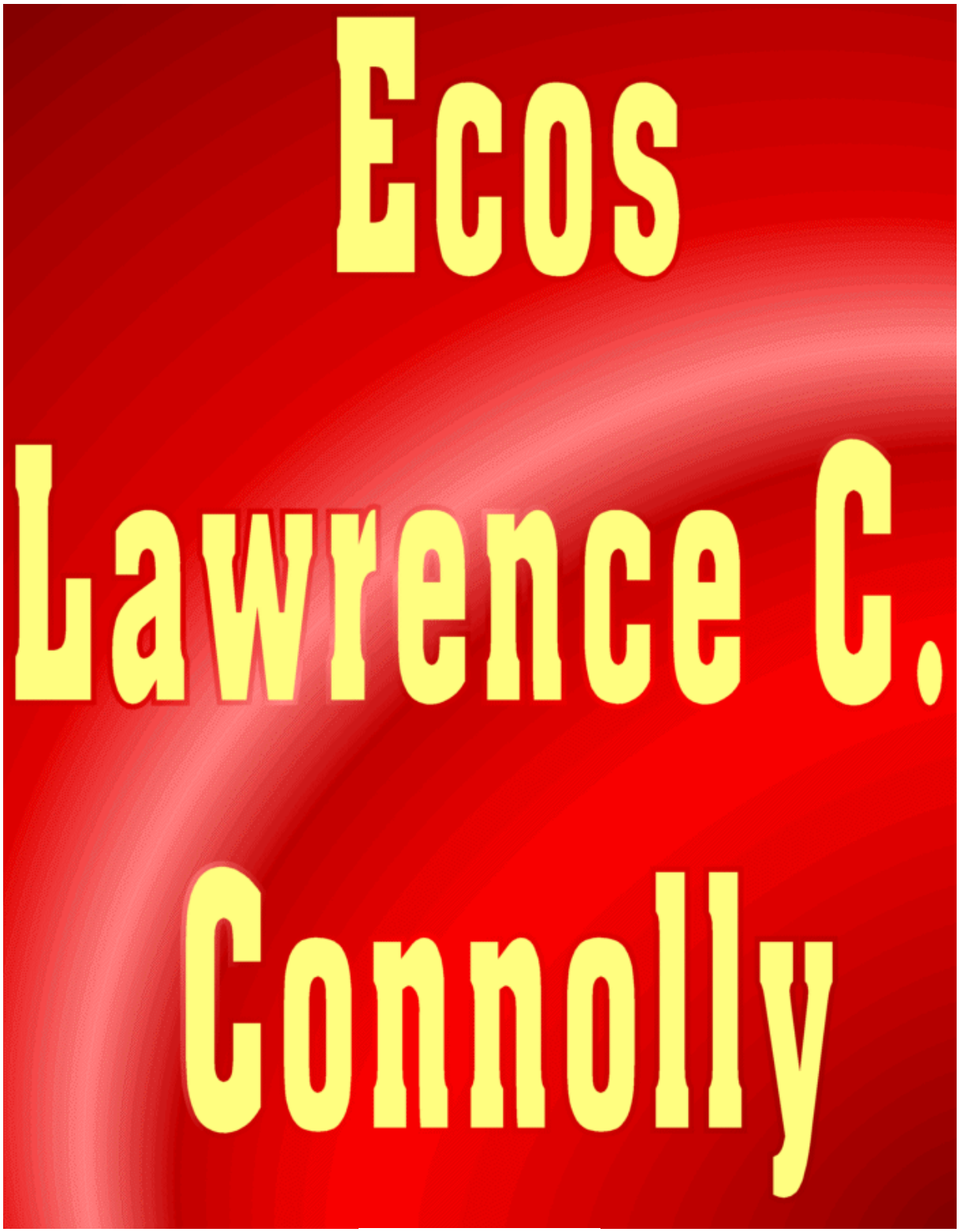
Ecos

Lawrence C. Connolly



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Escribir una historia completa en dos mil palabras o menos constituye una de las metas más difíciles de conseguir para un escritor. Por otra parte, este tipo de relatos son un subgénero dentro de la narrativa; debido a su brevedad, suelen tener mayor difusión como poemas en prosa o chistes largos. Teniendo en cuenta que los escritores suelen ser pagados por palabras, sólo los más dedicados se toman la molestia de comprimir un relato en unas mil quinientas palabras, ya que con el mismo esfuerzo podrían conseguir mejores ingresos, dando al relato una mayor longitud. En Ecos*, Lawrence C. Connolly nos da una muestra de su capacidad de comunicarse en apenas mil palabras.*

Connolly, que vive en Pittsburgh, ha trabajado como reportero, gerente de una estampería, cantante folk y músico de estudio. Apareció en *The Year's Best Horror Stories: Series XI* con la escalofriante narración *Mrs. Halfbooger's Basement (El sótano de la señora Halfhooger).* También es poeta, y su novela *Circle of Friends (Círculo de amigos)* estará pronto a la venta.

Marie se quedó de pie en la cocina, con la mirada fija en los pájaros imantados que había sobre la puerta de la nevera. Poco después, Billy gritó desde la sala reclamando leche para su hermano Paúl. Ella no contestó.

Paúl hacía tres meses que había muerto.

-¿Mami?

Miró a su alrededor, intentando recordar para qué había ido a la cocina.

-¡Mami! Paúl quiere leche. ¿Puedes traérsela?

El juego no podía continuar. Empezaba a ser aburrido. Billy ya era lo suficientemente mayor como para comprender la muerte, para poder comprender que era imposible que Paúl estuviese en la sala mirando la televisión. Billy tenía seis años.

Paúl, de no haberse ido, tendría cinco.

Dio la vuelta para regresar a la sala y sintió el agudo e hiriente dolor en su espalda, que el médico le había dicho que sentiría el resto de su vida. Marie tenía veintinueve años. El resto de su vida... Eso era mucho tiempo si moría de vieja y no de otro accidente. Se preguntó si alguna vez podría considerar el dolor como algo normal.

La sala estaba a oscuras. Antes del desayuno había intentado correr las pesadas cortinas azules pero Billy no le había dejado. Se había vuelto un chico casero, y prefería las habitaciones oscuras antes que el mundo exterior. Prefería la compañía de su hermano muerto antes que la de los niños vivos. Se sentaba solo, apoyándose en el brazo del diván, con el cuerpo grácilmente lacio. Era sorprendente la rapidez con que su joven cuerpo se había recuperado. Los miedos habían desaparecido. Sus huesos rotos ya estaban soldados. Observándolo, era difícil pensar que también él resultó afectado.

Un donut entero estaba sobre la mesita. Ella lo señaló y dijo:

-¿No te lo vas a comer?

Él negó con la cabeza.

-Se lo he dejado a Paúl, pero no se lo comerá si no le traes leche. Está enfadado porque no le has preparado el desayuno.

Ella miró a la televisión y preguntó:

-¿Qué están dando?

-Edge of Night. Paúl quiere saber si...

-¿No hay ningún programa infantil?

-Sí, pero tú pusiste este canal. ¿Te acuerdas? Lo pusiste, y luego te fuiste a la cocina. Paúl dice...

-Bueno, mejor lo quitamos. Tengo dolor de cabeza y...

-¿Por qué haces esto?

-¿Qué cosa?

-Hablar de otras cosas cuando yo hablo de Paúl.

-¿Qué quieres para almorzar?

-¿Mami?

Estaba a punto de llorar, y ella estuvo a punto de ceder, a punto de decirle ¡hola! al espacio vacío junto a Billy, a punto de ir a la cocina a por leche. Sería fácil seguir el juego. Ella lo sabía. Ya lo había hecho antes. Y algunas veces se había convencido a sí misma de que Paúl estaba allí...

-¿Mami?

Ella se dio la vuelta, conocedora de que, si la discusión continuaba, Billy saldría ganando. Y ella no lo podía permitir. La noche pasada, Roger había regresado pronto a casa y los había encontrado a los dos habiéndole a Paúl. Roger entonces impuso su ley. Le había dicho que no era adecuada tal farsa. No lo era para nadie.

Volvió a mirar hacia el diván, a su hijo mayor que volvía a ser un niño solitario, y le dijo:

-Luego quiero que vayas al colmado. Nos estamos quedando sin mantequilla.

Billy empezó a mordisquear el donut intacto.

Marie se preguntó si lo estaba consiguiendo.

Más tarde, cuando la hueca tarde empezó a tomarse oscura, Roger se sirvió un martini y le preguntó qué tal había ido el día. Ella le contestó que bien, y él, tomando una silla, se sentó frente a ella, al otro extremo de la mesa de la cocina. El ya no llevaba la escayola en el cuello, pero ella podía ver que el dolor no mejoraba. El médico no quería que él trabajase la jornada completa, pero Roger no era de los que aceptan órdenes. Seguramente se serviría dos martinis más antes de cenar.

La televisión seguía conectada en la sala. Billy se había pasado todo el día frente al aparato, mirando todo lo que habían puesto en el canal 4. El sonido seguía estando demasiado alto. Roger miró por encima del hombro de Marie hacia la sala, y algo en su expresión inquietó a su esposa.

Se temía lo que iba a venir.

-Marie -dijo él-. ¿Por qué está encendido el televisor?

-Por favor, Roger, deja al niño.

Ella se lo había insinuado. Seguro que sería suficiente. Pero miró hacia otro lado cuando él se levantó de la mesa.

Él se acercó a la sala. La televisión quedó en silencio.

-No quiero que hagas esto -dijo él, regresando a la cocina-. No quiero que sigas con ese juego en una sala vacía.

Ella gritó. Luego intentó contarle la conversación que había tenido con Billy aquella mañana. Pero cada vez que ella empezaba, él le preguntaba por la cena, o por sus labores, o por la señora Burke, su vecina.

Poco después, cuando pareció inútil insistir, ella se puso el abrigo y se acercó al colmado a por mantequilla. Quedaba a cinco manzanas. El paseo era doloroso, pero ella no quería conducir. Ya no se sentía segura en un coche.

Roger quedó atrás en la casa vacía. Se sirvió el segundo martini, preguntándose si lo estaba consiguiendo.